

La comunidad individualista científica

La mal llamada comunidad científica vuelve, otra vez, a enfrentarse a un problema de envergadura: hay uno más al que no le convence en absoluto que esta comunidad se esté comportando como tal. Ya hemos visto antes cómo se comportaba la comunidad religiosa, la cual tampoco tiene forma de comportarse como una comunidad, esto es: adoptando decisiones extremistas que sólo puedan evolucionar dentro de la coherencia de los documentos intocables con los que trabaja. Básicamente es así como funciona la actual comunidad científica, sólo que sus integrantes, por supuesto, serán los primeros en negarlo.

Es seguro que los psicólogos ya habrán determinado y catalogado el siguiente síndrome que voy a citar, pero es por ello que se me va a tener que perdonar por tener que inventarme un nombre para algo demasiado cotidiano como para no ser nombrado: se trata del síndrome del *listillo*.

El listillo es el tipo que se vale de lo poco que sabe para aparentar saber más. A este tipo de sujetos los informáticos gustamos llamarle lamer (cojo), porque aunque intenta moverse con la comunidad, en realidad cojea en algunos conocimientos. Sin embargo, el listillo no es exactamente un lamer: lo contrario de un lamer es el informático que cree que todos son lamers, a éste se le acusa de tener el síndrome de inmunodeficiencia adquirida. Cuando a un informático se le acusa de tener NIH eso es porque considera que sus conocimientos son suficientes como para poder resolverlo todo y, por tanto, no necesita ayuda de nadie (porque con ayuda trabajaría más lento). Ambos síndromes son igual de malos y patéticos; con la peculiaridad de que sólo el que es un auténtico profesional puede saber si, en su área, se ha colado un auténtico lamer, un inmunodeficiente o un profesional como la copa de un pino.

Sin embargo, el listillo tiene un matiz con respecto a estos enfoques: resulta que es capaz de moverse por sí mismo dentro de su entorno con cierta autonomía. De hecho, dentro de sus círculos es capaz de montarse toda una amalgama racional de artículos de opinión y supuesto avance tecnológico. Es por ello que parece que el listillo no flaquea, o al menos en teoría. Podemos ver cómo al listillo cuando le entra algún entendido en su área parece como inmune, y responde con cierta perspicacia dentro de su propia terminología. Ahora bien, ¿qué pasa con la manufactura de una tecnología que realmente exista?

Tal como definiría al listillo, sería un inmunodeficiente en temas teóricos y un auténtico lamer en aspectos tecnológicos. Ciertamente, sería lo análogo al paletillo (que en informática suele ser llamado *informático de revistas*): que si bien es un lamer de los conceptos teóricos, acaba siendo un inmunodeficiente en los tecnológicos. El paletillo suele hacer bastante gracia, porque tan pronto se te pone a hablar sobre un tema escrito por algún experto en la materia, luego te menciona cientos de cifras que servirían muy bien para poder vender productos y finalmente, en cuanto le preguntas qué significa según qué cosas..., pues bueno. Si en el fondo el paletillo es capaz de darse cuenta de que no es más que un fanático, como lo pueda ser alguien del cantante turno, pero que corre el riesgo de no desarrollar su vocación si desprecia la naturaleza de los conceptos que maneja, entonces todavía puede tener arreglo. Sin embargo, este documento no va sobre los paletillos, sino sobre los listillos.

Dentro del mundo de las divulgaciones científicas podemos encontrarnos el maravilloso mundo de los *Journals*. Un Journal no es sino una publicación técnica para entendidos de la materia a nivel superior. Es obvio que necesitamos algún mecanismo de publicación

para niveles superiores. Esto es, por ejemplo, necesitamos publicar teoremas, teorías matemáticas o informáticas, máquinas de cómputo, filosofías científicas y otros descubrimientos. Con el fin de poder llevar a cabo esta tarea de una manera ordenada ya existen mecanismos de clasificación de temas que, para el propio entendido de lo que va a publicar, le resultará fácil de identificar. Estos mecanismos de clasificación tienen una doble función: por un lado ayudan a encontrar los documentos que sean de tu interés y, por otro lado, nos permite encontrar algún experto que pueda validar tu documento.

Y es aquí donde entran los listillos ¿Es posible que podamos poner a corregir un documento a un listillo? Si eso sucediera, ¿qué ocurriría? Para poder publicar en un Journal a algún tipo se le ocurrió un sistema muy poco transparente: el sistema de pares. El sistema de pares es un sistema muy altamente criticado a la hora de contrastar la información, y lo curioso no es que el sistema sea malo en sí, sino que se pueden valer de él los listillos para poder crear un *fangimiento* de proceso de evaluación.

Efectivamente, ya me pasó en la universidad; como en su tiempo me pasaría cuando iba al instituto, o me volvería a pasar más adelante..., el profesorado es capaz de corregir a los alumnos según su "cara". Se trata de un mecanismo meramente fascista, simple y llanamente: si este tiene pinta de saber, le pongo nota alta; si tiene pinta de no saber, nota baja. En ocasiones gustan de jugar a ser Dios: le pongo nota baja para que aprenda a esforzarse. Y hay veces en el que simplemente te lo dicen a la cara: tú no vas a aprobar conmigo (como resultado de una conversación extraacadémica).

No es difícil de imaginar cómo funcionan los editores jefes de los Journal, porque el caldo de cultivo ya lo tienen en el mundo que se compatibiliza con ellos mismos. Esto es, somos los que comemos: si nuestros clientes son mala gente, nuestra sociedad privada es muy probable que se manche – salvo que tenga algún mecanismo de ajuste que nos permita mantener distancias..., y el sistema de pares no incluye dicho mecanismo.

Aquí cada uno se puede imaginar con qué me he encontrado hasta ahora. De hecho, no seré el primer anónimo al que le pase esto y, por supuesto, tendremos conocimiento de decenas de famosos históricos a los que también les sucedió lo mismo... En definitiva, sabemos que el sistema de pares es un asco y, aún así, se sigue manteniendo el mismo sistema. Ocurre exactamente lo mismo que con el comité de los premios Nóbel: sabemos que son una auténtica mierda pinchada en un palo y, sin embargo, gozan de una suerte de aparente prestigio.

¿De dónde viene el prestigio del comité de los premios Nóbel? Las ilusiones de los científicos por conseguir su medalla hace que se idolatre porque, por encima de todo, parece que ésta podría conseguir el respeto que se merecen de una manera oficial. Es como si pudiera existir un mecanismo de hacer oficial lo que uno ya sabe: se trata de que puedas sentir el aplauso de la sociedad por algo que ya sabías que tenía valía. Eso es lo que desea todo investigador después de un trabajo bien hecho: compartir su alegría. Y es por ello que es capaz de aferrarse a un clavo ardiendo deseando que los más importantes galardones oficiales no pierdan su oficialidad ni su prestigio – porque mientras exista algún mecanismo para marcar una meta o razón de ser más allá del beneficio económico y que permita inspirar una razón por la cual llevar a cabo un buen trabajo, siempre podrás echar un poquito más de trabajo gratuito y de esfuerzo sobrehumano en haras a la calidad ¡Pero qué engañado está el que pretenda trabajar para un premio carente de prestigio! Porque podría ocurrir justo lo contrario: podría quemarse al llegar la frustración de ver cómo el talento, el dinero y el esfuerzo no repercuten en los logros. Son los listillos.

Pero claro: ¿quién fue el simio idiota que colocó a esos listillos ahí? Hasta el más vanal de los necios, hasta el peor de los mezquinos y vil traidor a la raza humana sería capaz de entender que no puedes colocar a un listillo como editor jefe de un Journal. Y sin embargo, ¿alguien sabe de algún editor jefe que REALMENTE se lea los documentos y aplique REALMENTE el sistema de pares?

Para entender mejor lo que se intenta transmitir será mejor que se explique en qué consiste el sistema de pares.

El sistema de pares

El sistema de pares es el mecanismo que disponemos para validar un documento previamente editado. El mecanismo es tan simple como el chupete de un niño:

1. el editor clasifica su documento,
2. el editor jefe localiza a un experto en virtud de cómo esté clasificado,
3. el experto (el par) evalúa la calidad del documento,
4. el editor jefe transmite al editor la respuesta del experto

Existen una gran lista de problemas que pueden ir surgiendo, razón por la cual la experiencia nos dice cómo deben hacerse las cosas. Esto es, imaginemos que hay varias formas de clasificar el documento, y es posible que el propio documento exija un conocimiento sinérgico de cada una de las clasificaciones; es entonces cuando entendemos que hace falta contactar con varios expertos.

El siguiente problema se da cuando descubrimos que los diferentes expertos se creen que los límites de su propia área son los límites de la verdad misma: entonces esa forma de intrusismo puede perfectamente destruir el interés de un documento debido a su excesiva "originalidad". Esto es, para poder documentar, de por sí, se tiene que hacer repitiendo los mismos conceptos que se vienen defendiendo. Y esto es un hecho empíricamente inapelable.

Para superar este trance, el editor jefe tiene que percatarse de un evidente y ultrasimple detalle: los propios expertos se van a contradecir en las razones por las cuales no tiene validez el documento. Esto es, si es necesaria la sinergia de distintas áreas, entonces cada área verá en distintas partes cosas malas, pero las cosas que les parezcan buenas entrarán en contradicción con lo que digan sus compañeros. Por lo que los expertos deben ser consultados en paralelo y en secreto, para poder contrastar sus motivos – que deberían ser coherentes.

Los editores jefe, de algo estoy realmente seguro, hoy día no disponen de expertos que sean coherentes entre sí. De lo contrario tendríamos Journals interesantes, esto es, originales.

Pero los problemas no se paran ahí ¿Qué podría pasar si se le da el follón a un superexperto para que evalúe un documento muy simple? Probablemente pasaría lo mismo que si se asigna a un mediocre la evaluación de una genialidad; esto es, ya sea por aburrimiento o por incapacidad un documento no será correctamente evaluado si no es por alguien de valía equivalente. Para poder evaluar el grado de valía de un editor bien podemos valernos de su titulación, pero claro: ¿acaso no he mencionado la existencia de un sistema fascista encubierto? Por tanto, en este aspecto, volvemos a tener conflictos: ¿qué pasará si envían un documento académico de envergadura a un pobrecillo titulado

sólo porque el editor no tiene los títulos oficiales que le convertirían en un sujeto de prestigio? Lo que pasará será lo mismo que si, pensando el editor jefe, que al enviar un documento ñoña a un gran catedrático de prestigio éste podría desentenderse de la revista y, por tanto, antes preferiría el propio editor jefe encargarse de revisar él mismo la documentación... Y todo eso nos llevará a la enorme pérdida de tiempo de hacer creer que el documento se va a revisar, cuando en realidad ya se denegó de primeras.

Y esto sucede porque pesa más la institución que la comunidad. Aunque aquí no acabarán las críticas – por supuesto. Es posible que el documento ya consiga ser revisado, y que ya se haya recibido las respuestas pertinentes. Entonces el editor recibe una suerte de auténticas ESTUPIDECES puestas por escrito. Y ¡lo que es curioso!, es radicalmente imposible que el editor jefe no se haya percatado de ese detalle.

Efectivamente, vemos que la institución pesa más que la comunidad, para controlar esto lo ideal sería que, cuando el editor jefe vea que el asunto se vuelve polémico, automáticamente le permita al editor poder dar una respuesta. Y, efectivamente, esta es la última de las peculiaridades del sistema de pares: cuando en ocasiones se le deja al evaluado tener la última palabra. Lo que pasa es que ésto sólo se aplicará cuando el caso pueda afectar a la institución misma: nunca a mindunguis que pretendan ponerse a la altura de científicos arios...

Es por ello que, aun con sus defectos, si el sistema de pares se aplicara tal cual, todavía tendría pase. Pero claro: el asunto es que la enorme institucionalización de la comunidad científica en realidad lo que provoca es que sea imposible hacer que se avance si no es mediante los investigadores arios preestablecidos.

No es de extrañar que, como ocurre con el premio Nóbel, habrá quien quiera cegarse a favor del sistema de pares. Habrá quien quiera cegarse a favor de una comunidad científica pues, ¿qué pasaría si al final no pudiéramos fiarnos de la ciencia? ¿Tendríamos que volver obligatoriamente a la mitología? Y claro, como en algunos aspectos el miedo provoca reacciones adversas a toda lógica, automáticamente se vanangloria al sistema de pares, a la comunidad científica, al uso de la razón... Y esto siempre todo junto, como pasa con los detergentes: 3 en 1. Como inseparables: sistema de pares, comunidad científica, uso de la razón.

No sé porqué, pero esto me da un tufillo dogmático que, de hecho, me recuerda a cierta religión monoteísta.

El gestor de contenidos

Como es lógico, tan pronto critico al sistema de pares puedo ofrecer a cambio un enfoque más comunitario. Y esto es porque la ciencia que automatiza la gestión de la información ya debía tener un mecanismo para resolver problemas de este tipo. Es decir, la problemática de establecer dónde se ubica el criterio de demarcación es objeto de cómo llevar a cabo el uso de la razón para darle certeza a las afirmaciones. La comunidad que sea capaz de aplicar dicho criterio de demarcación, en cuanto a que coloque a los más sabios en la posición más alta, y a los menos eruditos los barrerán a lugares más recónditos, podríamos llamarla comunidad científica; esto es, al problema de disponer un criterio de demarcación hay que añadirle el problema de la gestión de información basura. Y, finalmente, sistema que utilicemos para poder determinar si este documento es o no basura deberá ser un gestor de contenidos. A lo que viene la gran cuestión, ¿qué

deberíamos entender por un gestor de contenidos?

Gracias a la aparición de Internet, los conceptos han estado evolucionando. Hoy día disponemos de cientos de gestores de contenidos realmente muy buenos que, como es lógico, suelen ser usados con la filosofía del sistema de pares. Gracias a estos gestores de contenidos, los editores pueden tener un seguimiento y darle la publicidad que consideren oportuno. Por tanto, hasta aquí no se dice nada nuevo.

Efectivamente, si añadimos transparencia y automatismo al sistema de pares muchos problemas se hacen más evidentes y, por tanto, es más fácil denunciarlos a la opinión pública. Sin embargo, cuando apareció la versión 4 del protocolo que se iba a usar para la creación de páginas web yo eché en falta una notación un tanto especial...

Si a mí me preguntan qué entiendo por un URI le diría que es la manera que tenemos de poder acceder a un recurso en términos generales. El fichero que está almacenado en un servidor en Internet será accesible mediante un URI (su URL) , el fichero localizado en tu propio ordenador será accesible también mediante un URI (establecido por el sistema de archivos de tu sistema operativo) y el fichero que se encuentra encima de la mesa de tu despacho sería otra URI. El asunto radica en que, si realmente tantas cosas pueden ser URIs, entonces también lo podrían ser nuestras propias ideas.

Así que desarrollemos la idea de una URI que enlace con aspectos. Tenemos la suerte de que existe un movimiento que desea abandonar la idea de los metadatos y cambiar a una búsqueda orientada a los aspectos. Sin embargo, esa tecnología está fundamentada en la dispersión del contenido según como lo interprete el ordenador; esto es, como si la máquina ya fuera capaz de leer la semántica de la información que era descrita en los metadatos a través de sus funciones de dispersión. No es de extrañar que el asunto esté todavía en fase de desarrollo.

La idea que planteo es mucho más sencilla, porque pretende seguir aprovechando los metadatos como mecanismo de clasificación de URIs al mismo tiempo que se indexa la información en base a su contenido dividido, al menos, por palabras y expresiones (como ya estamos habituados con el éxito de la tecnología del Google). Lo fundamental, tal como veo las cosas, está en distinguir los distintos roles que van a querer disfrutar cada usuario cuando lleve a cabo sus búsquedas y, así, conseguir encontrar los documentos que hayan sido validados por su rol.

Esto es, aprovechando que disponemos de una red internacional, lo propio habría sido que al escribir en el indicador de la dirección cuál es el rol que activamos la búsqueda debería centrarse en encontrar los documentos que, para ese rol, está asociado por tener vinculado un grupo de expertos.

No me costaría separar con ; cada grupo de expertos que me validarían un documento a encontrar. Así como que no me costaría separar por , a cada experto perteneciente al grupo que necesariamente y coherentemente haya validado en común. Recuerdo haberlo intentado explicar varias veces en el '94..., y no había manera. Era muy difícil.

Sin embargo, yo sólo me imagino qué pasaría si cada internauta tuviera el poder y la posibilidad de elegir a sus propios expertos: de ser el editor jefe de su navegador. Si pudiera ser capaz de definir su rol como una macro que se usa para filtrar los contenidos dentro del propio indicador de comandos ¿Qué pasaría si pudiera poner en mi navegador una frase tan sencilla como "*Hawkins: agujero negro*"? Como reconociendo la subred

subida por un usuario a quien, por funcionar de manera correcta, le he dado mi confianza en cierta clase de temas.

Entonces ya no necesitaríamos a los Journals.